



cionismo ejercido sobre ellas?

El poder que lo pudo casi todo, por vaya usted a saber por qué, aunque le quede el derecho a sospecharlo, decidió un día utilizar tan débil plataforma.

— Dadme un punto de apoyo y, con mi palanca, moveré el mundo —que dijo alguien varios siglos antes.

El punto de apoyo para el triunfalismo industrial español no fue, por supuesto, la casi ineficaz plataforma industrial existente. Fueron —fuimos— otros, que de haber estado siendo provincias “eminentemente agrarias”, pasamos a provincias condenadas a sobrevivir —o a mal morir— de lo agrario, condenadas a ser lo que era a principios de siglo la casi totalidad del territorio español.

Eso, sí, sin afectar para nada sus más bien flojissimas estructuras agrarias, sin ni siquiera pretender influir —o influyendo para mal— en las relaciones entre capital y trabajo y, lo que es peor, en las relaciones propiedad-capital-trabajo, gravísima y diríase que intencionada omisión en provincia como la cacereña, que concentra un altísimo porcentaje de todo el esterilizante latifundismo nacional, tan altamente absentista, y cuya superficie, es más de un treinta por ciento, está clasificado como latifundio.

Sin tocar nada de esto, hay que decirlo, porque el aparente “milagro español”, tomando solamente lo peor del real “milagro alemán” y nada de lo bueno de él, pasó —y quizá siga pasando— por el traumático trasvase de la población subocupada, mal pagada, mansa, ignorante y no organizada, de un sector, el agrario, a otro, el industrial —donde durante algún tiempo podría seguir siendo mansa, ignorante, mal pagada y no organizada—. Y de territorios que se tomaron como “reserva de carne” hacia punto donde se polarizaría el crecimiento capitalista y deshumanizado. El “milagro alemán” cometió el pecado de hacer esto con mano de obra extranjera, en buena parte extremeña. El “milagro español” lo pretendió con mano de obra nacional, en buena parte

La emigración en Extremadura

CRIAR HIJOS ESTUPENDOS PARA LANZARLOS IMPLACABLEMENTE A LA DIASPORA

Jesús DOMINGUEZ GOMEZ (Obispo)

En Extremadura se dio siempre —hablo sobre todo de la Extremadura Alta— el fenómeno de la emigración. Parece como si esta bella tierra, seca por fuera y ardiente por dentro, hubiera sido llamada a criar hijos estupendos para lanzarlos implacablemente a la diáspora.

A uno le impresiona leer la relación amplísima de grupos étnicos que, en un fenómeno migratorio de corto alcance pero de amplia significación, tomaron parte en la construcción de ese portento de los siglos que es nuestro bello Puente de Alcántara. Es como la primera edición del Almaraz de hoy, de Valdecaballeros, de Cedillo y de Alcántara mismo anteaer. Al extremeño de siempre no le dolieron prendas cuando de buscar medios de vida o de realizar un trabajo decoroso se trataba. Parece como si nuestros pies, por suerte o por desgracia, estuvieran hechos para andar caminos en busca de un trabajo que no ha habido en el sitio de nacimiento.

Extremadura, es verdad, engendró héroes; pero no construyó de forma estable comunidades asentadas. Los extremeños son hijos de una tierra de la que no han podido disfrutar sintiéndola suya con sosiego estable. Todo extremeño ha nacido con una cita en cualquier parte.

Por si fuera poco, a ese “natural” nómada, determinado por una fuerza telúrica que nos es difícil comprender, se unió en la Historia, en una época que yo considero brillante para nuestra Región, la experiencia de un pueblo, el pueblo judío, que nos enseñó a no ver en el nomadismo una desgracia implacable y a valorarlo y aprovecharlo con sabiduría. De los judíos aprendimos, me parece, a hacer del peregrinar una profesión rentable más que un nomadismo pordiosero. Como de los judíos aprendimos a amar “ilógicamente” a nuestra tierra. Porque el extremeño emigrante, aún en nuestros días, ama a su tierra más allá de límites razonables. A todos sorprende cómo puede amarse tanto a una patria que dio tan poco. Es como si en ella se viese un mito entrañable, como si hubiera una conciencia oculta de que en ella se encuentra, como para el pueblo judío, la tierra prometida, un paraíso que nunca perdimos porque ne lo hubo pero cuyo proyecto todo extremeño lleva en el corazón.

Pero más allá del hecho histórico de la emigración, explicable desde los imperativos telúrico-económicos de la Región —es tan corta y efímera la feracidad de nuestras tierras y tan poco sorpresiva nuestra producción agrícola-minero-ganadera...!—; y más allá también del hecho socio-político existente en la raíz de nuestras endémicas emigraciones, caracterizado principalmente por la función colonial de

cacereña, y apoyándose además en las remesas de divisas que enviaban los españoles impelidos a traspasar las fronteras, cacereños muchos de ellos.

Y Cáceres, que a principios de siglo tenía más del ochenta por ciento de su población laboral activa en el campo, "progresó" en este sentido y llegó a 1977 (dato éste del Banco de Bilbao) con nada más que el 44,6 %. Pero no porque ese cuarenta por ciento largo de diferencia hubiera pasado a la industria o a los servicios, paso natural de un desarrollo coherente y no inconcesablemente interesado. Tan espectacular disminución, espectacular sólo en cierto modo, el aparente "progreso" hacia cuadros laborales más racionales, no fueron causados por la transformación, sino por el trasvase, por la emigración.

¿Y quién, obrero agrícola, bracero, yuntero mal pagado no todos los días del año, mal asistido en todos los aspectos, hijo y nieto y biznieto de obrero agrícola o bracero o yuntero en no peores circunstancias que las suyas, posible padre y abuelo y bisabuelo de obreros agrícolas o braceros o yunteros de futuro no mucho mejor, no se levanta un día y dice: "¡Basta ya!"? ¿Quién en ese trance no busca un gana-pan, si no mejor retribuido, por lo menos no tan peor, y si no perfectamente asistido, si con una asistencia mínimamente indecente...?

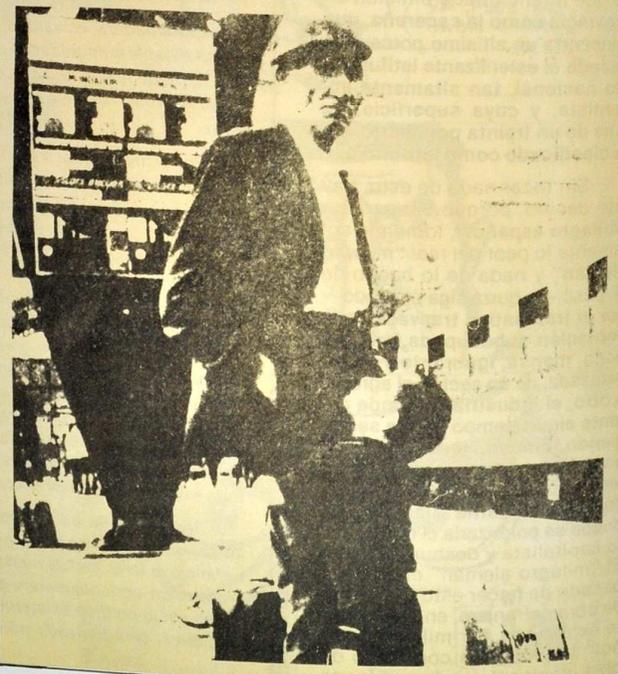
"... encontré trabajo a la semana de estar aquí, gracias a Paco —escribía a su novia un emigrante cacereño allá por el año 1959— y tengo que decirte que como muy bien..."

¡Gran noticia! Un hombre que trabajaba, "comía muy bien" y mataba, gracias a la emigración, su hambre de siglos, su ancestral hambre, el hambre a que estaban condenados casi todos sus descendientes, los más de trescientos mil cacereños que hubieron de decirse un día que "en Cáceres, no". ¿Y cómo "en Cáceres, sí", si a Cáceres, uno de los puntos de apoyo del triunfalista desarrollismo, le había to-

nuestra tierra, siempre al servicio de la guerra y de sus protagonistas —tierra de paso para los reconquistadores, asiento estratégico para las Ordenes Militares, lugar de reposo para los ilustres guerreros, pastizales ricos para las ovejas de otros...!—, más allá de todo eso, digo, hay factores humanos importantes que deben ser tenidos muy en cuenta a la hora de interpretar la emigración extremeña de siempre: ¿por qué se fueron los emigrantes? ¿qué buscaron fuera de aquí que no tenían? ¿huyeron de algo que no les gustaba?

Hay evidentemente un primer factor determinante del hecho emigratorio: la necesidad de sobrevivir, de sobrevivir con dignidad. Es cierto que el extremeño es recio consigo mismo, austero, parco: son éstas lecciones muy vivas aprendidas de la tierra. El extremeño de siempre supo ser rico con poco y sentirse seguro con más poco. Pero en él actúa con fuerza una preocupación: la del futuro de la familia de la cual es responsable. Ser austero no puede comportar la exigencia de sacrificios a los demás. Por eso impresiona ver cómo en el extremeño se da, en síntesis que muchos no entienden, la sobriedad y la grandeza, el realismo y el sueño, la parquedad y la magnanimidad. Lo que apena, aunque comprendo que es fatal el que así sea, es que esa síntesis maravillosa de actitudes creadoras tenga siempre como espacio el mundo de fuera; a los extremeños se les ha escapado siempre la posibilidad de contruir su futuro dentro de su patria.

Pero no ha sido sólo el pan, la supervivencia digna, lo que el extremeño ha buscado fuera. Ha buscado también, tanto o más que la supervivencia, la libertad, la posibilidad de ser todo aquello a lo que se sentía llamado y podía llegar a ser. Ser libre comporta saber, po-



der y querer. El extremeño ha encontrado siempre en su tierra muchas dificultades para llegar a saber cuanto quería y podía saber, para poder realizar cuanto sabiéndolo podía hacer; y hasta pienso que encontró, ayer como hoy, dificultades enormes —¿tienen la culpa el clima seco, el ambiente cultural, los demonios domésticos de Extremadura?— para querer, para soñar, para ambicionar. Por eso en la raíz de la emigración extremeña hay unos planteamientos ambiciosos: encontrar fuera espacios favorables a la realización personal. Siempre fueron más grande en general, creo, los extremeños de fuera que los de dentro. Porque pudieron serlo mejor fuera que dentro.

Interpretar, pues, el fenómeno endémico de la emigración extremeña desde unas claves puramente materialistas, con criterios de simple valoración económico-consumista, además de injusto sería falso. Estamos ante un fenómeno humano de profundas raíces cuyo alcance toca matices económicos, sí, pero también culturales, religiosos, morales, difícilmente reducibles a los esquemas fácticos a que nos tienen habituados los profesionales de la sociología o la política. No tener esto en cuenta, lo mismo cuando se trata de comprender el hecho en sí que cuando se trata de valorarlo en orden al juicio sobre la realidad presente o sobre el planteamiento del futuro, sería a todas luces desacertado.

Pero el extremeño nunca estuvo contento con la emigración. Nada tan contrario a la realidad como achacar al extremeño un espíritu aventurero que le impulsa fatalmente a ser el eterno emigrante. El extremeño no está a gusto más que en Extremadura. Su capacidad de adaptación a los más variados ambientes no es resultado de haber renunciado a su extremeñismo. Es verdad que raramente puede hallarse un español que se sienta tan vivamente perteneciente a un grupo regional pero que menos sepa cuál es su identidad. Quizá porque nunca hizo la experiencia de serlo plenamente en su tierra. O quizá también porque esa misma indefinición implica un compromiso de retorno para serlo plenamente. No lo sé. Pero sí está claro que el extremeño jamás se creyó un apátrida ni se resignó a estar por sistema fuera de su patria.

Ahora, al hilo de los sentimientos de todos los extremeños que están fuera y de los sueños de los que, en solidaridad real con ellos, estamos aquí, nos toca hacer posible un retorno digno y estructurar un programa que nos lleve a crear la Extremadura que nunca vivimos satisfactoriamente. Hay como una misteriosa voz que llama a dejar los cánticos a los extremeños ilustres —de eso sí podemos presumir todo lo que queramos— y a presentarnos ante el mundo como una comunidad modesta pero digna, sin héroes legendarios pero con extremeños luchadores, enraizada en su pasado pero lanzada hacia el futuro, aprovechando los elementos de vida aprendidos en los innumerables destierros pero caracterizándolos como patrimonio propio.

Esta obra ha de llevarse a cabo colaborando los que están fuera con los que hemos tenido la suerte de poder seguir dentro. Porque la Extremadura de fuera y la de dentro es también UNA. Ya nuestra UTOPIA EXTREMEÑA trasciende la geografía para concebirse como una etnia humanista supraterritorial. Ahora se trata de que, como en la Feria, montemos nuestro pueblo para la convivencia grata, para el asentamiento definitivo, para el retorno libre. Si penosa ha sido la égida desordenada, más penoso sería el retorno a la fuerza y precipitado. De ahí que sea urgente preparar las estructuras que hagan po-

cado ser nada más que el pobre que necesita el rico en un sistema de capitalismo deshumanizado, en el cual el pobre no es más que esa cosa de que se dispone cuando se le necesita y se le paga el precio que unilateralmente se decide...?

Por esto, exclusivamente por esto, la población laboral activa cacereña ocupada o subocupada en el sector agrario descende. Desde más de un ochenta por ciento del total al 44,6 por ciento de 1977. Que no es descenso tan espectacular si se piensa que el promedio español, todavía alto, está en 21,3; es decir, en menos de la mitad.

Entre 1962 y 1977 (datos del Banco de Bilbao) la población cacereña ocupada en el campo ha bajado de 152.280 personas a 67.204. En total, una pérdida absoluta de 85.076 almas. Del 62,77 por ciento de la población laboral activa, al 44,6.

Entre 1960 y 1977 el censo cacereño experimentó una pérdida de 128.292 habitantes: el 23,56 por ciento.

Significa esto, es una de sus significaciones —salvado el desfase de los dos primeros años—, que por cada cacereño que dijo adiós al campo, un cacereño y medio dejó de figurar en el censo de Cáceres, correspondencia que sería bastante más alta si interpoláramos las difras del crecimiento vegetativo. Significa que **la rebaja del 18,71 % de la población agraria supuso un descenso del 23,56 % en el censo provincial.**

EL FUTURO —?— DEL CAMPO CACEREÑO Y DE CACERES

Sobre los actuales supuestos, a los que no hay por qué conceder patente de eternidad si hemos de alentar un punto de optimismo, un territorio como el cacereño, donde más del cuarenta por ciento de sus trabajadores se ocupa en la producción agraria, tiene pocas posibilidades de subsistir y casi ninguna de desarrollarse según los promedios mínimamente congruentes con tales supuestos. Que en 1977 de

los 143.308 empleos que había en la provincia de Cáceres (poco más del 34 por cada cien habitantes), 67.204 estuvieran en el campo, es un dato para el pesimismo.

En toda España, Cáceres incluida, el número de empleos era de 13.142.200 (más de 36 por cada cien habitantes) y de ellos sólo 2.799.288 estaban en el terreno de lo agrario: el 21,3 %, menos de la mitad del porcentaje que tenía Cáceres.

La producción agraria cacereña de 1977, comparada con las de valor aproximado, fue inferior con respecto a Alicante, Barcelona, Burgos, Ciudad Real, Granada, Huesca, León, Lugo, Málaga, Navarra, Pontevedra y Valladolid, trece provincias en total, y superior, en cifras absolutas en relación a Alava, Albacete, Avila, Baleares, Castellón, Gerona, Guadalupe, Guipúzcoa, Huelva, Logroño, Madrid, Orense, Las Palmas, Salamanca, Santa Cruz de Tenerife, Santander, Segovia, Soria, Tarragona, Teruel, Vizcaya y Zamora, veintidós provincias.

El resto de las no citadas, dieciseis en total, arrojaron producciones agrarias superiores a la cacereña en no menos del cincuenta por ciento.

Pero sólo Badajoz, La Coruña, Granada, León, Lugo, Murcia, Orense, Oviedo, Pontevedra, Sevilla y Valencia, once provincias, ofrecían en términos absolutos más empleos agrarios que Cáceres. Y nada más que siete, Almería, Badajoz, Cuenca, León, Lugo, Orense y Zamora tenían más alto porcentaje de población activa en la economía agraria.

Y por debajo de los costos por asalariado de la provincia de Cáceres, únicamente Córdoba, Huelva y Jaén.

Y en cuanto al valor añadido bruto por empleo del sector, Cáceres, con 198.000 pesetas, estaba por debajo de Alava, Alicante, Almería, Barcelona, Burgos, Cádiz, Castellón, Cuenca, Gerona, Guadalupe, Huesca, Lérida, Logroño, Murcia, Navarra, Palencia, Segovia, Sevilla, Soria, Tarragona, Teruel, Toledo,

Valencia, Valladolid, Vizcaya y Zaragoza, veintiseis provincias, cuyas cifras van desde las 300.000 de Murcia y Sevilla a las 698.000 de Palencia.

Con costos inferiores figuran La Coruña, Granada, León, Lugo, Orense, Oviedo, Pontevedra y Zamora, nada más que ocho, Zamora a muy poca distancia, con 193.000, y Orense, con 71.000.

En las demás provincias las cifras oscilan entre más de 200.000 y menos de 300.000 pesetas por empleo. La media nacional está en 259.000, un treinta por ciento arriba de Cáceres.

sible una integración satisfactoria.

Lo he pensado siempre: las grandes realizaciones comunitarias vienen de la mano de instituciones que arraigan en la comunidad y actúan más allá de sentimientos emotivos coyunturales o de las intuiciones pasajeras de los soñadores de turno. Privar de instituciones a un grupo humano es privarlo de la capacidad de actuar como grupo. Y en Extremadura se necesitan instituciones nacidas de la comunidad, asumidas como propias, sostenidas por todos. Esas instituciones, con la carga de estabilidad que por definición ellas tienen, aunque no sirvan como plataforma de triunfo a nadie, serán espacios de encuentro donde todos podremos laborar ya por el futuro. La emigración que todos sufrimos y nadie quiere sólo tiene para los extremeños una terapia: ¡El retorno! Pero el retorno sólo se prepara desde aquí. Y esa es nuestra responsabilidad y nuestra tarea; y la de quienes, en colaboración con los que estamos, sueñan con retornar.

Pero ese retorno debe hacerse en apertura. No se trata de convertir Extremadura en un refugio de extremeños cansados o desengañados; ni de soñar con una etnia racista montada sobre particularismo de ningún tipo. Nuestra meta es la Extremadura nueva; una Extremadura que, por haber sido fraguada desde la óptica de un peregrinar duro que sabe mucho de acogidas y de rechazos, sea universal, abierta, tan lejos de los exclusivismos como de los papanatismos, de los caciquismos como de los complejos de inferioridad, de los mimetismos ingenuos como de los imperialismos grandilocuentes.

Como creyente cristiano, testigo cualificado de las inquietudes que suscita la fe en quienes la conservan y viven como un tesoro, no puedo ocultar mi deseo de que esa Extremadura nueva sea cristiana. En el telar de nuestra historia y de nuestra gente están los materiales más ricos aunque modestos para crearla así. La referencia cristiana, sólo los ciegos por prejuicios están impedidos para verlo, es hoy una referencia liberadora, fraternizadora, estimulante. A nadie se le oculta que en nuestros días la Iglesia ha rectificado posiciones y que, en virtud precisamente de su identidad en cuanto portadora de la Buena Noticia de Jesús al mundo, se siente llamada a acompañar a todos los hombres en sus singladuras de ida o de retorno, ofreciéndoles en cada momento sus tesoros religiosos, ideológicos, humanos y comunitarios. La Iglesia también está llamada a construir Extremadura. Como lo ha estado, con más o menos acierto pero si generosamente, a la hora de acompañar esa masiva y desordenada emigración de los últimos treinta años.

¿Seguimos hablando de provincia, la cacereña, "eminente-mente agraria"...?

¿PROVINCIA "EMINENTEMENTE" AGRARIA? ¿PROVINCIA DECIDIDAMENTE AGRARIA?

Vistas así, por encima, algunas de las cifras de la economía agraria cacereña, a veces en relación con las de otras provincias españolas, de muchas de las cuales nadie diría que son "eminente-mente agraria" (o es que Barcelona o Valencia, por citar dos ejemplos puntas, lo son?), cabe poner en tela de juicio el fu-

La joven temporera y la vendimia francesa

DUERMEN COMO CERDOS, HACINADAS EN BARRACONES



Hacia mediados de septiembre Torre de Santa María se queda sin más de la mitad de sus jóvenes, que se van a trabajar por grupos a la vendimia francesa.

Dos hermanas, Puri y Catalina, una prima de ellas que también se llama Puri, y Paqui, otra de las chicas del pueblo, forman parte de uno de los grupos de trabajadores temporeros que se irán por el 20 de septiembre a Francia. El grupo, de unas quince chicas, recogerá uvas en dos localidades diferentes.

La primera campaña que realizarán será en Biziers, con una jornada de 8 horas: de 7 a 11 por la mañana y de 2 a 6 por la tarde, con un sueldo de 17,65 francos la hora.

El viaje hasta Biziers está pagado; el de vuelta sólo hasta la frontera. En esta primera campaña la comida corre por su cuenta y se la llevan de aquí porque, según Catalina, si la compraran allí les saldría muy cara al cambio. Hasta el momento no han tenido

problemas en la frontera a la hora de pasar comida; lo único que les han prohibido son los embutidos.

Las relaciones con los franceses, tanto con los patronos como con los del pueblo, son nulas. Dice Puri que ellas nunca han tenido interés en mantener contacto con los franceses, ya que sólo están allí de paso (ninguna de las chicas habla francés, aunque casi todas llevan seis o siete años vendimiando en Francia). Sus amigos son todos españoles, bien del pueblo o andaluces, que también hay muchos recogiendo uvas en Biziers.

Biziers es un pueblo pequeño, donde los jóvenes vendimiadores no encuentran ninguna diversión. Sólo hay un teléfono y hasta el tabaco lo tienen que llevar de España.

Las condiciones en que viven son malas. Una habitación para cuatro o cinco; hasta hace dos años, que obligaron a los patronos a hacerlo, no contaban con ser-

turo cacereño sobre la base de que es y tiene que seguir siendo una provincia "eminente-mente agraria", campo y casi nada más que campo, aun con el añadido de esa "progresiva industrialización agraria", de la cual suelen hacer ocasional bandera los políticos que casi nada tienen que abanderar.

Desde los supuestos vigentes, parte de ellos consagrados por la misma Constitución, no hay futuro para una provincia "eminente-mente agraria" si sus cifras, absolutas y relativas, son como las que pesan sobre la provincia de Cáceres. Hay futuro —puede haberlo— para las provincias decididamente agrarias, que no es todavía el caso, pero que cabe la esperanza —?— de que llegue a serlo, de la provincia de Cáceres.

Pero este futuro de provincia "decididamente agraria", del que tan lejos se halla todavía Cáceres, pasa inevitablemente por una honda transformación de las estructuras, que nadie sabe si hay intención de hacer, y por una drástica disminución de la población agraria, que se ha producido y se seguirá produciendo a pesar de todo, en parte —¡qué contradictorio!— porque nada se ha hecho, y no en nuestro beneficio por lo que sí se ha hecho y se seguirá haciendo fuera de aquí, donde son otros los gallos que cantan, otras cosas las que tienen en la garganta.

Es un dato —y no una opinión— que la producción agraria cacereña, que supone nada más que el veinte por ciento de la producción bruta provincial, resulta en cifras absolutas baja, muy baja, para el altísimo porcentaje de brazos que ocupa —más del cuarenta y cuatro por ciento de su población activa—, y es desolador compararla en cifras absolutas, también en relativas, con la de otras provincias españolas; no precisamente agrarias, pero en las cuales el sector primario, con menos incidencia en la producción bruta provincial, aporta cantidades mucho más altas que la cacereña, logrando esto con bastante menos gente.

En Cáceres, además o tam-